

RICHARD LAYARD Y LA ECONOMÍA DE LA FELICIDAD¹

Andrés Gómez León*
Jeanne Kelly Ruíz Tavera**
Jaime Vergara Hincapié***

RESUMEN

El presente artículo destaca el aporte interdisciplinario, y por ende innovador para la teoría económica ortodoxa, propuesto por Layard para el entendimiento del origen y las causas de la felicidad; así mismo, procura un análisis crítico de las virtudes y falencias de argumentación del autor, de las estrategias para el alcance del bienestar individual y de las propuestas de política pública que pueden conducir a la obtención de la felicidad colectiva.

Palabras clave: Felicidad, bienestar subjetivo, políticas de bienestar.

1 Este artículo hace parte de los productos del Proyecto de investigación "El Bienestar Subjetivo Declarado en la Teoría Económica" realizado por el Grupo de Bienestar y Teoría Económica de la Facultad de Ciencias Económico-Administrativas de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

* Andrés Gómez León. Magíster en Ciencias Económicas. Docente Asociado de la Facultad de Ciencias Económico-Administrativas de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. E-mail: andres.gomez@utadeo.edu.co

** Jeanne Kelly Ruíz Tavera. Magíster en Ciencias Económicas. Docente Asociado de la Facultad de Ciencias Económico-Administrativas de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. E-mail: jeanne.ruiz@utadeo.edu.co

*** Jaime Vergara Hincapié. Candidato a Magíster en Ciencias Económicas. Especialista en Gerencia Financiera. Docente Asistente de la Facultad de Ciencias Económico-Administrativas de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. E-mail: jaime.vergara@utadeo.edu.co

ABSTRACT

The present article emphasizes the interdisciplinary contribution, and therefore innovator for the economic orthodox theory, proposed by Layard for the understanding of the origin and the causes of happiness; likewise, it accomplishes a critical analysis of the virtues and mistakes of the author's arguments, the strategies in order to get the individual wellbeing and of the proposals of public politics that can lead to obtain the collective happiness.

Key words: Happiness, subjective wellbeing, public politics.

JEL: I31, I38, Z31.

El objetivo incuestionable de los seres humanos debería ser alcanzar la codiciada felicidad; sin embargo, no es el mejor nivel de vida o un desbordante ingreso lo que garantiza obtenerla. Esta es la paradoja con la que se inicia el libro de Richard Layard titulado "La felicidad: Lecciones de una nueva ciencia" (Layard, 2005).

Layard, economista e investigador excelso en el área de política económica, ansioso por contribuir con una nueva visión para mejorar el bienestar de las nuevas generaciones, vuelca su interés hacia la nueva ciencia de la felicidad y realiza una propuesta audaz al integrar los aportes parcelados que diferentes ciencias sociales y humanas han ofrecido a la explicación de la felicidad.

En este sentido, su esfuerzo radica en detectar los determinantes de la felicidad y los medios para influir en la misma, para lo cual hace uso del aporte, en especial, de la nueva psicología, así como también, de la neurología, sociología, economía y filosofía.

Inicialmente hace remisión, en el campo de la filosofía, a la ilustración del s. XVIII, en la que Jeremy Bentham postula el "Máximo Principio de la Felicidad", declarando que la mejor sociedad era aquella en la que los ciudadanos eran más felices, por lo que, de acuerdo a Layard, se trataba de un principio fundamentalmente igualitario y humanitario. Actualmente, luego del "individualismo rampante" que trajo consigo el siglo XX, el mundo requiere y reclama nuevamente la concepción de felicidad como un bien común.

En general, se observa que Layard hace un continuo contraste acerca del comportamiento de los individuos en épocas diferentes, lo que le permite ilustrar las tendencias de los diferentes movimientos sociales.

Desde el campo de la psicología, el aporte consiste en tratar de discriminar los factores más importantes que influyen en la felicidad de la gente. De esta manera, el autor los clasifica en dos tipos: externos (sociedad) e internos (vida interior). En el primer caso, se tiene que, además de la prosperidad y la libertad que son factores ampliamente defendidos, hay otros factores como el deseo por el status, la confianza y la seguridad en el trabajo, en la familia y la ciudad que también son muy importantes. Entre los factores internos se tienen la actitud hacia la vida y cualidades como la compasión y el agradecimiento. Estos factores luego los explica en los "Siete Grandes" que se desarrollan más adelante.

A partir de este instante el autor se sumerge en una discusión sobre diferentes aspectos de la felicidad a saber, definición, verificación, período de tiempo y tipos de felicidad, temas que desarrolla en el segundo capítulo del libro.

Inicialmente ofrece una definición sencilla de la felicidad "*sentirse bien, disfrutar de la vida y desear que este sentimiento se mantenga*", lo cual lo distingue de científicos que apelan a definiciones más técnicas y que conciben a la felicidad como la preponderancia de los afectos positivos sobre los negativos (Deneeve y Cooper, 1998), o como la suma de tres componentes, la satisfacción, la frecuencia e intensidad de las emociones positivas y la frecuencia e intensidad de las emociones negativas (Argyle, 1992).

Luego Layard afirma que este estado no es algo exclusivamente subjetivo de lo que los demás podrían ser escépticos, sino que gracias a los avances en ciencias como la neurología, ya es susceptible de ser medido y verificado.

Sin embargo, cuando la intención es averiguar si un individuo es feliz o no, Layard afirma que la manera más obvia es preguntarle, es decir, valida el uso de los reportes autogenerados (ej. encuestas) afirmando que aunque este método no siempre ha inspirado la confianza que debería, NO existe diferencia entre lo que las personas manifiestan y lo que "realmente" sienten, es decir, entre lo que declaran y lo que sus actividades cerebrales objetivas muestran. Autores como Van Hoorn (2007) y Veenhoven (2007), en el mismo sentido de Layard, apoyan el uso de los reportes autogenerados.

Por otra parte, se menciona que la gente cuando piensa en su felicidad lo hace en un período de tiempo amplio, es decir, a partir de la evaluación de una serie completa de momentos en sus vidas,

por lo que Layard trata en su libro la felicidad media y a largo plazo. Esta se ve afectada por factores trascendentales como el temperamento, las actitudes básicas y por factores vitales como el estado de salud, la preocupación por el dinero y la calidad de las relaciones interpersonales y no por fluctuaciones momentáneas o pasajeras que determinan por ejemplo el placer, el cual según Veenhoven (2007) es apenas una de las diferentes clases de satisfacción.

Adicionalmente, aunque el autor reconoce que existen muchos tipos de sensaciones positivas y negativas, considera una única dimensión que abarca desde lo extremadamente negativo a lo positivo con diferentes niveles de excitación, de esta manera, las personas no podrían declararse simultáneamente felices e infelices.

Luego de delimitar la concepción de felicidad, Layard busca evidenciar, a partir del análisis de datos y hechos, que la felicidad –al menos la de muchos países desarrollados- no ha aumentado a pesar de que el nivel de vida sí lo ha hecho, y así mismo explica por qué. De esta manera inicia su evidencia basándose en tres hechos.

Primero, al observar a las mismas personas a lo largo de su vida encuentra que éstas no son más felices aunque se hayan hecho más ricas (considerando que en el tiempo éstas no cambian el significado de estar "muy feliz").

Al hacer comparaciones entre países ricos y pobres, se observa que los países ricos no son necesariamente más felices que los pobres, resultado similar al encontrado por Diener (2000); el efecto del ingreso adicional sobre el bienestar es mayor en los niveles de pobreza, es decir, a medida que éste crece, pierde relevancia para el individuo en el tiempo, de hecho, a partir de cierto umbral ya no se asocia el ingreso con la felicidad, es decir, la propensión marginal de la felicidad con respecto al ingreso es cero (Silva y Hernández, 1994).

El tercer hecho está relacionado con la tendencia en aumento de la depresión, el alcoholismo y la delincuencia en el primer mundo (todos éstos indicadores de infelicidad), durante el período de la posguerra, época dorada del crecimiento económico.

La explicación que Layard proporciona a estos hechos es que la satisfacción con los ingresos requiere asegurar una buena posición relativa y obtener aumentos regulares.

Sobre el primer requerimiento, se explica que la satisfacción con el ingreso propio depende del ingreso que tenga el "grupo de referencia" del individuo (que generalmente está en condiciones similares a las propias); en palabras de Mishan (citado en Silva y Hernández, 1994) *"aquello que más preocupa a una persona en una sociedad [...] no es su renta absoluta [...] sino su posición en la estructura de rentas de la sociedad"*. Adicionalmente, Layard menciona que a diferencia del ingreso en el caso del ocio la gente no rivaliza, por lo que existe una tendencia a sacrificar el ocio con el propósito de aumentar los ingresos para obtener una mayor posición relativa.

En línea con lo expuesto por Layard, en relación con el ingreso, Silva y Hernandez (1994) proponen en su trabajo incluir, además del ingreso absoluto, el ingreso relativo, el ingreso marginal y el ocio en la especificación de su modelo general de felicidad.

Sobre el segundo, se tiene que los individuos se enfrentan a un proceso de "adaptación" rápido en cuanto al ingreso y la posesión de bienes materiales, por lo que requerirían cada vez mayores aumentos, que sin embargo, en algún momento no tendrían efecto sobre la felicidad. Por otra parte, existen otros estímulos a los que la gente no se acostumbra o no se adapta por completo como por ejemplo las relaciones interpersonales (amigos, familia, matrimonio, etc.) en los que Layard recomienda invertir mayor esfuerzo.

Otra relación importante mostrada por Layard es la existente entre el ingreso, la desigualdad y la felicidad de una sociedad; así, la felicidad media de la población tiende a aumentar a medida que se reduce la desigualdad como resultado de la redistribución del ingreso; lo anterior, dado que el ingreso adicional que recibe el pobre le genera mayor satisfacción que la pérdida que experimenta el rico por la disminución de su ingreso. En este sentido, podría pensarse que los modelos de organización planificados como los socialistas pueden aportarle más a la felicidad de la sociedad en su conjunto que el sistema de mercado, sin embargo, una lectura más profunda permite identificar que aunque el socialismo promueve la igualdad de la sociedad, priva a la gente de la libertad, que es otro de los componentes importantes para alcanzar la felicidad.

Luego de evidenciar la imprecisa relación entre el ingreso y la felicidad, que en términos agregados (relación PIB o crecimiento del PIB y felicidad) sigue siendo incierta (Van Hoorn, 2007), el autor

propone en el capítulo cinco, una visión integral para responder a la pregunta sobre qué nos hace felices. Por tanto, profundiza en la separación entre los factores internos y externos.

Centra inicialmente su atención en el carácter de los individuos señalando que éste hace parte de lo interno -como resultado de los genes-. Sobre la importancia de los genes, de acuerdo a Tellegen, se tiene que explican alrededor del 40% de la variación emotiva positiva y 55% de la variación emotiva negativa de los individuos, es decir, la personalidad se constituye como el factor más fuerte para explicar las diferencias subyacentes del bienestar entre los individuos (Van Hoom, 2007). Un rasgo de personalidad importante es el optimismo, que va desde una consideración absoluta e incondicional -al que se le considera una forma de escape patológico-, hasta un optimismo inteligente -es decir realista- (Cuadra y Florenzano, 2003); este último es el tipo de optimismo que debería ser educado.

Layard, de esta manera, aunque reconoce que la personalidad cumple un papel importante en la felicidad, aclara que no debe entenderse esta predisposición como sinónimo de predeterminación de la felicidad, ya que el carácter es maleable gracias a la incidencia que la educación también tiene en él. Esta conclusión, junto al reconocimiento de la imposibilidad de actuación sobre los genes, son las motivaciones que llevan a presentar la educación como el objeto central de estudio, ya que es el campo en donde pueden generarse cambios. Así, esta idea brinda relevancia a las ciencias sociales, toda vez que reconoce posibilidades a las mismas de influir sobre la felicidad, hecho que el autor marca levemente, a pesar de ser claro en especificar que es necesario concentrar esfuerzos en el estudio de las experiencias de los individuos.

Posteriormente, Layard enuncia los determinantes que en su concepto son significativos en la felicidad "*Los Siete Grandes de la Felicidad*", al tiempo que menciona los que NO son importantes para la misma: la edad, el género, el aspecto físico, el coeficiente intelectual y el nivel de educación. En este punto que es central en la temática del texto, llama la atención la omisión o subvaloración de resultados de diferentes investigaciones que han proporcionado evidencia sobre la relevancia de estas variables. Entre otros, se tienen los resultados de trabajos como los de Argyle (1992) y Diener *et al.* (1999) en cuanto al género; Oosterbeek y Hartog (1997), Ahn y Mochón (2007) en educación; Clark y Oswald (1994) y Cruz y Torres (2006) en el caso de la edad.

Para Layard, el primer "grande" de la felicidad está constituido por las Relaciones Familiares, en donde destaca las bondades que tiene el matrimonio o la convivencia en pareja: brindar y recibir amor, compartir costos, mejor percepción de estabilidad y comodidad, mejora de la vida sexual, esto coincide con los resultados encontrados por Diener *et al.* (1999) y Myers (citado en Cuadra y Florenzano, 2003), que adicionalmente muestra que el mayor grado de felicidad se da entre los casados, seguidos por los solteros, divorciados y separados.

En contraparte, menciona las implicaciones negativas del divorcio y de las separaciones de los miembros de la familia: menores niveles de felicidad y mayores índices de suicidio de hombres y mujeres divorciados, aumento de la probabilidad de que los hijos sufran depresiones, cometan actos delictivos y sean condenados por ello, no obtengan una titulación, tengan a su vez hijos en la adolescencia y mueran jóvenes.

Layard presentó un importante ataque a la identificación de la riqueza como sinónimo de felicidad en capítulos previos, pero es consciente de la importancia del ingreso no en términos absolutos sino de la posición relativa, conclusión coincidente con la de los trabajos de Diener (1994 y 2000) y Argyle (1992), por tanto, el segundo "grande" es la Situación Financiera.

En cuanto al Trabajo, Layard critica a la economía por denunciar al desempleo como un factor nocivo para la sociedad en términos exclusivamente monetarios, desconociendo que también es indeseable para la felicidad de las personas por efectos diferentes, como el menor respeto del individuo por sí mismo o el deterioro de la calidad de las relaciones sociales, entre otros. Por tanto en este factor Layard concuerda con la posición de Clark y Oswald (1994), Winkelmann y Winkelmann (1998) y Argyle (1992). Adicionalmente, Argyle alude a que el tipo de ocupación también parece influir significativamente en la satisfacción laboral -y en la satisfacción con la vida-, de esta manera propiedades tales como la autonomía, la importancia para otros, la variedad de habilidades exigidas y la identidad en la tarea son fuentes de mayor satisfacción (Gómez *et al.*, 2006). Sobre este factor lo que no es claro, de acuerdo a Argyle, es la relación causal entre la satisfacción laboral y la satisfacción con la vida.

Los factores Comunidad y Amigos y Salud, son descritos brevemente. En cuanto al primero, Layard enuncia el efecto positivo de

la amistad en la felicidad sin mayores datos e ilustra la importancia de contar con un capital social alto. En este factor, su afirmación está en línea con los planteamientos de Diener (1994) y Argyle (citado en Gómez *et al.*, 2006), en cuanto sostiene que las personas que tienen mayor número de amigos y utilizan buena parte de su tiempo para compartir con ellos son más felices.

Acercas de la salud, resalta que los individuos no suelen tenerla en cuenta a primera vista como determinante de la felicidad, sin embargo, García (2002) enuncia que múltiples estudios, entre otros, los realizados por Campbell, Converse, Rodgers, Caspersen, Powell y Merritt, identifican a la salud como el mayor predictor de felicidad para los sujetos.

Layard distingue entre enfermedades en las que es posible el proceso de adaptación -enfermedades físicas- y otras en las que no -enfermedades mentales-, de lo cual extrae conclusiones posteriores acerca de la necesidad de estudiar este proceso y de dirigir recursos a seguir investigando sobre el segundo grupo. En este sentido, se tiene que Diener hace mención a la salud afirmando que lo que afecta al bienestar es la percepción que se tenga de la salud y no la salud objetiva (Gómez *et al.*, 2006), lo que revela posibles relaciones entre las enfermedades físicas y su carácter objetivo y, por otro lado, de las mentales y su carácter mayormente subjetivo.

La Libertad Personal es el sexto factor, aquí se tiene en cuenta cómo los individuos juzgan la calidad de su gobierno y las posibilidades que éste brinda para desarrollar las libertades personales, políticas y económicas. La posibilidad de participación política y de influencia ciudadana en la toma de decisiones es para Layard factor importante en la felicidad, tema sobre el cual diferentes autores han trabajado. Tabellini (2004) establece que la descentralización federal y la autonomía política son elementos constitucionales que afectan la felicidad de los ciudadanos de manera positiva; Frey y Stutzer sugieren que la democracia directa incrementa el bienestar; Radcliff muestra la existencia de una relación positiva entre los rasgos cualitativos del estado y el bienestar; Veenhoven encontró que la libertad política y privada afectan el bienestar pero sólo en países ricos (Van Hoorn, 2007).

El séptimo grande está constituido por los Valores Personales -filosofía de vida-, en los que el componente fundamental es la búsqueda de bienestar desde el interior por parte de los indi-

viduos. A pesar de la existencia de diferentes caminos hacia el mejoramiento del bienestar interior, Layard subraya el resultado de la creencia en Dios, así, afirma que son más felices quienes creen en Dios que quienes no lo hacen, conclusión que encuentra eco en los resultados de la investigación aplicada en España por Ahn y Mochón (2007) y el trabajo de Warner Wilson en los que se afirma que existe una relación positiva entre felicidad y tenencia de creencias religiosas o religiosidad (citado en Cuadra y Florenzano, 2003); lo que no es claro, según Layard, es el orden de la causalidad entre felicidad y fe.

A este grupo de factores, Layard añade la necesidad de relacionar las expectativas con la felicidad, ya que si las metas son altas pueden generar frustración y depresión, si son bajas pueden generar aburrimiento, por lo cual es importante plantear metas deseables y factibles, exigentes y reales. Es decir, el optimismo considerado como una característica cognitiva –una expectativa–, que en parte es heredado pero también puede ser aprendido (Cuadra y Florenzano, 2003), termina jugando un papel crucial.

Luego de profundizar en los siete grandes de la felicidad, Layard se interesa en evidenciar que la sociedad, desafortunadamente, no va por buen camino, por tanto, en el capítulo seis, documenta su posición a través de cifras que muestran cambios fuertes en la composición de la familia evidenciados a través de la ruptura familiar (el número de divorcios, número de hijos por fuera del matrimonio y crecimiento de familias monoparentales), agregando a esto, datos que muestran que en los últimos años se han presentado aumentos en la violencia, menor bienestar de la población y disminución de las percepciones sobre seguridad; así mismo, resalta la disminución de la confianza de los individuos en los otros y la percepción de que la moral es menor que antes.

Su aporte radica en poner de manifiesto la necesidad de reflexionar acerca de la influencia de los avances en la ciencia y la tecnología en estos resultados, por tanto, invita a un análisis en cuanto los efectos que han producido en la sociedad. Layard deja claro que, por una parte, estos avances han generado mayor riqueza y mayor salud, pero que no es posible desconocer que han contribuido también al deterioro de las relaciones familiares, a la inseguridad y a la pérdida de los valores.

Para Layard son dos temas los que pueden dar mejores luces acerca de los cambios que han deteriorado indicadores positivos y aumentado los negativos: los roles de género y la televisión.

En cuanto a los roles de género se señalan cambios en el papel de la mujer en los últimos 50 años. La participación de la mujer en el mercado laboral ha aumentado con fuerza en la mayoría de los países, lo cual ha incidido en un cambio en la división social del trabajo; como resultado, se presenta una mayor autonomía de las mismas al disminuir la dependencia tanto afectiva como económica del hombre. Este nuevo orden lleva efectos nocivos evidenciados en las mayores cargas a las que se someten las mujeres y malestar en los hombres que, de acuerdo a Layard, declaran recibir una menor atención de sus mujeres. En suma, las nuevas condiciones generan insatisfacción en ambos géneros, lo cual favorece las condiciones que propician el divorcio. Layard, sin embargo, desconoce que el nuevo rol de la mujer también puede llevar consigo malestares, en este caso, ocasionados por la competencia que éstas representan a los hombres en distintos ámbitos.

En todo caso, esto lleva a pensar al autor en una propuesta interesante, resaltando la necesidad de acomodar la vida laboral a las nuevas formas de vida y relacionamientos entre hombres y mujeres, la importancia de establecer horarios flexibles que permitan mayor acompañamiento entre padres e hijos y un estilo de vida ajustado a la actualidad.

En cuanto al tema de la televisión, Layard enuncia que es mucho el tiempo invertido en ello, lo cual ha afectado la vida social de diferentes maneras, ya que ahora se dedica menos tiempo al diálogo familiar, son menos los individuos que realizan prácticas deportivas y menor el número de personas que pertenecen a grupos o asociaciones de distinta índole.

Al dirigir la atención sobre las prácticas más comunes para captar audiencias altas, Layard lamenta la práctica de enfocarse en los extremos y exaltar comportamientos que incluyen altos niveles de violencia, belleza, sexo y riqueza alejados de la realidad de las mayorías, enfatiza en este punto, dado que argumenta que incita a comportamientos violentos y poco morales.

La televisión es un invento paradójico, en concepto de Layard, toda vez que tiene un conjunto de ventajas potenciales como aportar para la distracción, el entretenimiento y la difusión del conocimiento, ventajas que en su criterio, se están desaprovechando al promover mayores status de riqueza y de belleza que llevan a elevar los estándares de comparación, causando mayores

insatisfacciones, a lo que debe añadirse que se ha convertido en una barrera al desarrollo de la vida en sociedad.

Más sin embargo, es consciente de que la pérdida de valores morales y espirituales, entre otros cambios del comportamiento, no es solo resultado del tiempo invertido en ver televisión, ni en sus contenidos. Reconoce que en el siglo XX existe un declive de creencias religiosas explicado en parte por los avances científicos que han permitido cierta liberación y cambios bruscos en el comportamiento.

Desafortunadamente Layard no profundiza mucho en esta última idea que parece tener mucha incidencia en los cambios de la sociedad actual. Se limita a enunciar que el cristianismo ortodoxo y la solidaridad social, son ideas en decadencia, que se ven ampliamente superadas en la actualidad por la selección natural de Darwin y la mano invisible de Smith, explicado esto por el desprecio de la conducta moral como resultado de un menor temor a los castigos divinos, así como del menor sentimiento de culpa en los movimientos sociales contemporáneos.

En busca de cuestionar estas ideas que predominan en la actualidad, propone indagar sobre la posibilidad de obtener el bien común. La respuesta a esta inquietud lleva al autor, en el capítulo siete, a analizar los diferentes comportamientos que se relacionan con la cooperación.

Layard afirma que el egoísmo tiene relación con la evolución, pero desea centrar la atención en reconocer la existencia de genes que predisponen al individuo para ser cooperativo. Desarrolla la idea de los beneficios mayores de cooperar en comparación con los de competir, sobre todo en términos de largo plazo; añade a esto, pruebas sobre el sentimiento de satisfacción que genera en los individuos la cooperación.

Su intención es entonces analizar las ventajas de la confianza y de las conductas cooperativas, lo cual logra al indagar por los motivos que conducen a los individuos hacia la cooperación a través de la descripción de varios mecanismos.

Para desarrollar el tema, Layard propone una escala que va desde las motivaciones más egoístas en la cooperación hasta las más altruistas. El mecanismo más egoísta de los que se podrían concebir como conducentes a la cooperación es el castigo, al que descarta como generador y motor de las acciones morales. Aña-

de que una conducta guiada por la reputación encubre de mejor forma motivaciones en apariencia morales, aunque es en realidad la esperanza de recompensa lo que facilita la cooperación en este caso. El mecanismo de aprobación es un avance frente al deseo de tener mejor reputación, ya que a diferencia de ésta última, valora la importancia de estar en armonía con quienes nos rodean, lo cual le quita el carácter impersonal y lo convierte en una forma más altruista de motivación para hacer lo correcto.

Es lamentable que sobre este espectro, no se continúe con el esfuerzo de documentar las opiniones, así, estos tres mecanismos quedan un poco a la deriva en su explicación, lo cual se recupera en el cuarto mecanismo: el sentido de justicia. Este último representa el otro extremo en el espectro de egoísmo-altruismo, ya que el comportamiento justo no exige recompensa por el buen actuar, no incorpora exclusivamente al cálculo racional y por tanto seguir el proverbio "haz el bien sin mirar a quien" es para el autor, una forma apropiada de describir a quienes actúan impulsados por esta razón.

Layard cataloga como la mejor muestra del sentido moral y de justicia, el compromiso, al cual presenta como un sentimiento contrario a la culpa. En su concepto, el respeto propio es un motivador esencial a la hora de cumplir los contratos, así, esta motivación es superior a las anteriores y se convierte en un actuar que dignifica al individuo y aumenta su sentimiento de satisfacción, logrando con ello una cadena que apunta a mayores niveles de confianza. El autor lamenta que sociedades altamente individualistas tiendan a actuar con base en contratos de muy corto plazo que desvirtúan los comportamientos basados en el compromiso.

Una vez que se han puesto en escena los diferentes mecanismos de cooperación, es evidente el gusto de Layard por una sociedad que actúe con sentido de justicia, demeritando los comportamientos alternativos. Se deduce de sus ideas la necesidad de cambiar paradigmas en la sociedad actual, ya que afirma que el comportamiento justo y el compromiso pueden llevar a la sociedad a una situación benéfica para un número cada vez mayor.

Concluye Layard en grueso, que para lograr el objetivo de la felicidad colectiva se debe empezar por cuestionar las bondades del egoísmo; desde su punto de vista, ésta es una meta alcanzable, ya que la existencia de la conciencia moral permite preocuparse por la felicidad ajena. Esta observación, coincide con la posición

de Bentham y Smith quienes afirman que "*la sociedad no puede edificarse sobre las bases de personas que sean puramente egoístas*" (González, 2003).

En este punto, subraya la necesidad de hacer un alto en el camino y preguntarse si en verdad es posible plantear un concepto del bien común que tenga carácter universal. De acuerdo a Bentham, debido a que los intereses propios que motivan la conducta humana NO son armónicos y no conducen necesariamente al bienestar colectivo, la regulación institucional (las sanciones religiosas, la educación) y la legislación (el sistema de justicia criminal) se hacen necesarias para moldear la conducta humana y así hacerla compatible con el bien común (citado en Hahne, 1995).

Layard profundiza sobre esta cuestión e intenta describir un mecanismo social que permita alcanzar el bien común; empieza por citar la posición de Jeremy Bentham, quien frente a la ausencia de un principio unificador para las leyes de su tiempo, reclamaba la necesidad de estipular un principio que guiara no solo al derecho en particular, sino en general al conjunto de normas de la sociedad. Propuso entonces que el norte que debería orientar el mencionado principio sería el de buscar la máxima felicidad. La manera de juzgar la bondad de una ley para la sociedad sería entonces valorar si en el neto aumenta o no la felicidad social, asumiendo igual de importante la posición de todos los individuos. Sin embargo, el autor subraya que la práctica se ve afectada en su inicio mismo, dado que no hay acuerdo sobre lo que es una buena sociedad y lo que serían las buenas acciones.

Lo que se entiende como bien para la sociedad en realidad no es una cuestión sencilla, en este punto, el autor recalca la importancia de realizar valoraciones empíricas de lo que la sociedad desea. No se puede simplemente asumir el concepto del bien común desde afuera sin caer inevitablemente en una posición paternalista y realizar imposiciones indeseables.

Aunque reconoce la dificultad en declarar o legislar sobre la felicidad, y en establecer fórmulas para su logro, valora y por tanto propone trabajar sobre lo que produce felicidad a las personas: una búsqueda de objetivos que signifiquen un estímulo o reto y que a su vez sean factibles.

Para dirimir conflictos e identificar lo éticamente correcto, propone buscar respuestas desde la posición de un observador imparcial de la situación. Así, las sociedades felices serán aquellas donde

reine la imparcialidad y donde sean los principios morales los que establezcan lo correcto.

A pesar de que los pilares de imparcialidad y moralidad suenan razonables, Layard reconoce la existencia de objeciones a su propuesta. Centra entonces el capítulo en defender su idea, resaltando las distintas posiciones de John Stuart Mill, Amartya Sen y Bernard Williams, entre otros.

La imparcialidad, por ejemplo, se postula como crítica al principio de la búsqueda de la felicidad, ya que la idea de maximizarla es atractiva, pero ¿quién asume la responsabilidad de evaluar si la felicidad ganada con una medida es mayor que la contraparte perdida?

Para Layard resulta más provechoso reducir el sufrimiento que aumentar la felicidad extrema, por lo cual debe otorgarse un mayor peso a la posición del desdichado que a la del individuo feliz. En esta cuestión, Layard contradice frontalmente a Bentham en el postulado de considerar la felicidad de todos por igual. Esta observación se constituye por tanto en una de las más interesantes, toda vez que es posible ver al autor quebrar su fe en las propuestas de Bentham y mostrar elegantemente su error, al tiempo de proponer una alternativa de estudio.

Ahora bien, aunque Layard reconoce que existen leyes formales e informales cuya idea tácita o expresa es promover la mayor felicidad social, desea explicitar al menos tres razones por las cuales es importante establecer un principio rector que privilegie la felicidad como meta social. La primera serían los posibles usos que pueden desprenderse de esta idea para dirimir conflictos que se pueden generar entre reglas. La segunda, abrir el campo para revisar las reglas sin caer en el relativismo social. Y la tercera razón radica en que las reglas establecidas no proporcionan una adecuada orientación sobre lo que se debe hacer.

Una vez expuesto el papel que puede asumir el derecho como promotor de la felicidad social, Layard se cuestiona, en el capítulo nueve, sobre el lugar de la economía para contribuir a alcanzar esta meta.

Layard expone que la ciencia económica tiene buenos elementos para aportar a la felicidad de los individuos, pero falla por evadir el análisis de la naturaleza humana al basarse en el conductismo. Entre los elementos de la economía que Layard considera útiles

para el abordaje del estudio de la felicidad están: el cambio voluntario, la eficacia, el análisis de costes y beneficios y la renta per cápita.

El "cambio voluntario" permite obtener los beneficios del comercio tanto entre individuos como entre países, argumento defendido por Smith y Ricardo en las teorías clásicas del comercio y expuesto a través de las ventajas absoluta y comparativa. Esta noción se rige bajo el principio de la búsqueda del propio interés, sin embargo, aunque Layard menciona que el principio planteado por Smith no va en la misma vía de la cooperación a la que él hace referencia, omite que este último considera la posibilidad de que coexistan sentimientos de simpatía y egoísmo (González, 2003), lo que revela una lectura parcializada de su trabajo.

La "eficacia", por su parte, solo se logra si se cumplen con algunas condiciones, a saber, libertad de mercado, simetría de la información e inexistencia de externalidades. Layard, de esta manera, considera importante el alcance de la eficacia, aunque es consciente de que además de constituir un escenario poco probable en la práctica, puede conducir a la desigualdad social.

Sobre el "análisis de costes y beneficios", Layard menciona que es utilizado frecuentemente para la toma de decisiones en políticas públicas. El aporte de esta herramienta consiste en permitir una medición de las bondades y desventajas de una medida, sin embargo, su limitación radica en realizar las valoraciones en función del dinero y no de la felicidad.

En el caso de la "renta per cápita", reconoce que ésta ha sido importante para entender el comportamiento del desempleo, así como también, para ayudar a controlar los ciclos de bonanza y recesión; sin embargo, ataca el hecho de que haya sido utilizada como una aproximación a la medición del bienestar nacional, por lo que propone medir la felicidad media de la población, evitando de esta manera, la equivalencia entre bienestar material y felicidad. En la misma línea, los trabajos de Veenhoven (2007) y Van Hoorn (2007) exponen diferentes metodologías de medición de la felicidad.

Luego de mostrar las fortalezas y debilidades de estas nociones económicas, Layard se concentra en resaltar cinco características propias de la naturaleza humana que deberían ser consideradas desde la economía al momento de tratar el bienestar, estas son:

La desigualdad, que implica que los ingresos suplementarios afectan de forma diferente a pobres y ricos, por lo que debería asignársele un valor diferente a los costes y beneficios de cada grupo antes de asumir variaciones en la política.

Externalidades, que deberían ser consideradas por la economía, ya que la mayoría de los eventos económicos y sociales afectan a terceras personas (el ingreso de otros, la situación de la comunidad, la situación laboral del país, la libertad, etc.)

Valores, que cambian por las influencias externas, pero que en economía se tiende a suponer que son universales e inalterables. Entre estos valores se tienen por ejemplo, la importancia que se otorga a las comparaciones sociales, al dinero y al altruismo.

Aversión a la pérdida, que en realidad es más profunda en la gente de lo que la teoría económica predice, así, este aspecto se vuelve fundamental al considerar la posibilidad de llevar a cabo reformas económicas. En este sentido, el autor afirma que las políticas de cambio deben ser duraderas y no, por el contrario, recurrentes.

Comportamiento incoherente de los individuos, que hace a los humanos imprevisibles. Las incoherencias provienen de la incapacidad para pronosticar sentimientos futuros, de la conducta frente al riesgo y el analfabetismo matemático. Sin embargo, este problema se minimiza dado que las personas pueden estar dispuestas a delegar la toma de decisiones trascendentales a terceros, tales como expertos, gobierno u otros.

Por tanto, en línea con autores como Dasgupta (1998), Streeten (2007), Guerrien (1998) y en el contexto nacional Bejarano (1999), González (2002), Misas (2004) y Gómez (2007) que abogan por mayor interdisciplinariedad y realizan críticas a la teoría económica por considerarla demasiado limitada en lo relacionado con el entendimiento de la naturaleza humana, Layard afirma que es necesario el apoyo de diferentes ciencias sociales, con el objetivo de llevar a cabo políticas más sensatas que apunten hacia la felicidad; de este modo, la felicidad debería convertirse en un objetivo político y medible, como lo es el crecimiento económico.

Desde la política, Layard manifiesta algunas medidas que podrían conducir al mejoramiento de los niveles de felicidad, considerando en especial dos características inherentes a los individuos: el deseo por el status y la aversión a la pérdida.

En el capítulo diez, Layard discute la complicación que puede traer la lucha por el status, a lo que él llama "carrera de ratas". Aunque el status es un deseo natural de los seres humanos, hay actividades en las que una mejora para uno, implica una pérdida para los otros. El dinero por ejemplo, proporciona status, aunque éste también se ve afectado por el valor que se le otorga en relación con otros factores. Sin embargo, la lucha por el aumento de la renta en términos relativos, no produce ningún beneficio para la sociedad y, en cambio, si implica un sacrificio en aspectos importantes como la familia, amigos, vida personal, etc. La solución a esta carrera sin fin sería el acogimiento de un acuerdo social que impusiera límites a esta lucha, lo que es poco probable.

Adicionalmente, dado que los individuos se adaptan tan rápidamente a los cambios en el nivel de vida (en especial los ricos), la felicidad no aumenta ni perdura tanto como se esperaría. De esta forma, se requieren cada vez mayores cambios para generar la misma satisfacción generando adicción. Para Layard, esta al igual que otras, debería ser castigada a través de impuestos, que además de ayudar a sostener el gasto público, reprimen las tentaciones de los individuos.

Afortunadamente, las personas también tienen latente el deseo de sentirse respetados y éste constituye una forma de controlar la carrera por el status, así, vale la pena aumentar el respeto por cualidades como la cooperación y la bondad, que contribuyen a aumentar el bienestar general de la sociedad.

De esta manera, Layard critica uno de los incentivos cotidianos en las políticas empresariales: el financiero. Muestra que éste impide el fortalecimiento de los sentimientos de cooperación y además genera tensión al clasificar el pago del trabajo de acuerdo al rendimiento. El inconveniente radica, entonces, en que esta medición, para la mayoría de trabajos, no puede ser calculada de manera objetiva, pero además, al hacer uso de recompensas financieras se disminuyen los incentivos internos de los individuos por desempeñar bien su labor, por lo que al final, el efecto del incentivo sobre el rendimiento es incierto. Entonces, lo que es claro, es que deberían incentivarse aspectos como la ética profesional, el orgullo por el trabajo, la cooperación, etc. -incentivos internos- y no sobrevalorar los incentivos financieros.

Luego de mostrar que los valores son muy importantes en la felicidad, se discute el papel de la política sobre las prácticas

publicitarias, reconociendo a éstas como reorientadoras de los valores de la sociedad. Así, se dice que la publicidad influye tan fuertemente en las expectativas de la gente que, por la presión ejercida, puede generar efectos negativos sobre la felicidad, por lo que propone reconsiderar algunas de estas prácticas -en especial aquellas dirigidas a los niños-.

Sobre la competencia, Layard reconoce que éste es un factor motivacional necesario para mejorar, pero debe buscarse algún punto intermedio que permita que la gente pueda alcanzar sus metas con tranquilidad y no bajo una presión interminable para alcanzar el éxito.

Por otra parte, se presenta un comportamiento inherente a los individuos que es la aversión a la pérdida. Este tema, Layard lo trata en el capítulo once. La gente es aversa a perder casi todo lo que posee, de esta forma, la seguridad debería constituirse en uno de los objetivos fundamentales de la sociedad. Cinco de los siete grandes mencionados por el autor, constituyen los factores en los que la gente desea sentirse seguro. Estos son: ingresos, trabajo, familia, comunidad y salud.

Una de las amenazas para la estabilidad del ingreso es el desempleo. Así, frente a la disyuntiva entre la estabilidad económica y crecimiento, se encuentra que existen diferencias sustanciales entre economistas y psicólogos. Mientras algunos economistas defienden que el impacto del crecimiento económico sobre el nivel de vida es mayor al costo inmediato de la inestabilidad económica, los segundos, afirman que el beneficio duradero del crecimiento económico es relativamente pequeño frente al costo psicológico a corto plazo generado por la inestabilidad en el empleo.

El trabajo, es otro factor clave en el bienestar de la gente, por lo que la sociedad debe tratar de alcanzar una tasa de desempleo reducida. Esta debe buscarse modificando la estructura del mercado de trabajo y no aumentando la demanda como tradicionalmente se considera. En este sentido, hay dos elementos importantes relacionados con la estructura, a saber: las medidas sobre el desempleo y la libertad de contratación y despido.

En cuanto a la primera, se pone en consideración la adopción de un subsidio de paro equilibrado con el objetivo de no tener mucha gente desempleada por periodos muy largos, pero tampoco, muchos trabajadores cualificados en empleos improductivos. Otro elemento importante es flexibilizar el salario para que varíe más

acorde con la productividad del trabajo (una exigencia determinante para acercarse al pleno empleo); de esta forma se asegura que el paro no se determine por la poca generación de empleo desde las empresas.

Sobre la libertad que deberían tener los empresarios para contratar y despedir, se tiene que debe existir una legislación para mantener una seguridad razonable del empleo, ya que la productividad no necesariamente se asegura con niveles elevados de flexibilidad para los empresarios, mientras que esto puede traducirse en inestabilidad para los trabajadores.

El tercer factor relacionado con la vida familiar, incluyendo el de las relaciones de pareja, es el más importante en cuanto a la felicidad se refiere. Sin embargo, es discutible la intervención del Estado en este aspecto, a excepción de la influencia que puede tener a través de políticas sobre bienestar infantil.

Además del núcleo familiar y las relaciones de pareja, el entorno en el que se desenvuelve la gente, es decir, la comunidad y las redes sociales, afectan el bienestar de la población. Aspectos como la confianza y la pertenencia a grupos o asociaciones voluntarias (capital social) aportan positivamente a la felicidad, y así mismo, aspectos como la movilidad geográfica conducen a una mayor delincuencia y desintegración. La razón es que, con la movilidad, se debilitan las redes de apoyo social que tiene la gente cuando ha vivido durante un tiempo en una misma comunidad; y aún más, esta movilidad, se ha asociado también con un mayor nivel de problemas de salud mental. Sin embargo, desde la economía generalmente se apoya esta práctica, abogando por el desplazamiento de la fuerza de trabajo desde las regiones menos productivas hacia las más productivas.

Sobre el factor salud, Layard afirma que la gente quiere sentirse saludable, o al menos espera recibir el tratamiento adecuado. En el conjunto de enfermedades, la depresión es la más frecuente, por esto su relevancia. Para tratarla, existen desde tratamientos con fármacos hasta psicoterapias, y sus costos no son realmente grandes en relación con la mejora sobre el bienestar de la gente; pero en general, se observa que la mayoría no recibe estos servicios, ni tampoco se le da la prioridad que requiere en relación al gasto público.

Afortunadamente la depresión no solamente puede ser controlada por la psiquiatría y la farmacología, sino que también puede con-

trolarse desde la filosofía de vida y el ser interior. Es decir, dado que la felicidad viene del interior y se ve afectada por el exterior, las personas son capaces de entrenar su capacidad de ser felices a partir de la práctica de diferentes disciplinas, y de esta forma, reaccionar de la mejor manera ante la influencia exterior.

De acuerdo a Layard, entre las disciplinas, que han mostrado tener resultados positivos y duraderos sobre el bienestar, están el budismo, la tradición mística, la terapia cognitiva y la psicología positiva, que en general, se basan en el mismo principio: el positivismo. A partir de este momento, se inicia un recorrido detallado por estas prácticas cambiando la temática de un análisis científico a uno espiritual.

En este campo, Layard concluye que, dado que la felicidad depende de gran manera de las actitudes positivas, la gente debe aprenderlas y practicarlas, es decir, debe recibir educación de su espíritu. El Estado, por su parte, puede intervenir asumiendo este tipo de educación como un bien público. Se sugiere entonces, que el trabajo de la sociedad debería radicar en enseñar valores morales y principios, que hagan de estas nuevas generaciones, personas con actitudes más sanas y virtuosas, es decir, más felices.

Ahora bien, ¿si la educación y la terapia no logran generar esos sentimientos positivos, entonces qué se debería hacer? Esta es la cuestión que Layard trata en su siguiente capítulo.

El autor considera que al enfrentarse con personas psíquicamente enfermas para las cuales las recomendaciones anteriores no son efectivas, la ayuda de fármacos psiquiátricos podría permitirles alcanzar la armonía necesaria para sentirse mejor.

Layard nuevamente da un vuelco a su trabajo, regresando a una visión científica del tema en tan solo unas páginas. De esta manera, se adentra a exponer con detalle el mundo de los fármacos psiquiátricos y su evolución.

Problemas de salud mental como la esquizofrenia, el trastorno bipolar, la depresión y los trastornos de ansiedad extrema, que aunque tienen un componente genético también en parte tienen un origen físico, pueden ser tratados con fármacos psiquiátricos. Estos han mostrado tener efectos positivos sobre el bienestar, sin embargo, aunque la mayoría de ellos no genera adicción, tienen efectos secundarios indeseados.

Layard se cuestiona, entonces, sobre el límite en el uso de los fármacos para alterar el comportamiento humano. El debate encuentra opiniones diversas que van desde moralismos hasta científicismos; Layard, sin embargo, afirma que es indudable que a medida que los fármacos de este tipo mejoren, las personas harán uso de ellos para mejorar su estado de ánimo y aumentar su nivel de felicidad, en sus palabras *"deberíamos usar el creciente progreso de nuestro conocimiento para controlar la infelicidad proveniente de genes inoportunos y educaciones destructivas"*.

Para concluir sus ideas, Layard expone sintéticamente en su último capítulo, lo que él denomina "las doce verdades sobre la felicidad". Estas las desarrolla en dos grupos: el primero exalta la importancia de la felicidad y el segundo resume las fuentes de la felicidad.

Para el primer caso, se exponen las siguientes afirmaciones: 1) La felicidad es una dimensión objetiva de nuestra experiencia. 2) Estamos programados para buscar la felicidad. 3) Es evidente que la mejor sociedad es la más feliz. 4) Es improbable que nuestra sociedad se vuelva más feliz salvo que todo el mundo se ponga de acuerdo en que eso es lo que quieren.

Dentro del grupo en las que se exponen las fuentes de felicidad se tienen las siguientes verdades: 1) Los seres humanos son profundamente sociales. 2) Como seres sociales, nos gusta poder confiar unos en otros. 3) La gente se siente profundamente ligada al *statu quo*. 4) Los seres humanos son conscientes de su estado. 5) Los seres humanos son muy adaptables. 6) El aumento de felicidad por ingreso suplementario se va reduciendo a medida que la gente se enriquece más. 7) La felicidad depende de la vida interior de cada uno tanto como de sus circunstancias externas. 8) La política puede hacer más por suprimir la infelicidad que por aumentar la felicidad.

Finalmente, Layard presenta su diagnóstico económico en función del estudio de la felicidad, analizando la forma en la que las teorías económicas enfrentan la realidad. Sobre esto plantea dos ideas: por un lado, el mercado no es totalmente libre y existen externalidades, de lo contrario, el resultado del intercambio sería eficaz y todos serían tan felices como les fuera posible. El hecho es que las preferencias, las expectativas y los valores de las personas cambian, y además, los actos de los otros nos afectan, todo lo anterior, imposibilita garantizar la felicidad. Por otro lado, debería evitarse el ambiente de competencia, inseguridad e inestabilidad que los

líderes han promulgado en el día a día. De esta forma, el objetivo de la política no debería centrarse en la búsqueda del bienestar material sino en hacer del mundo un lugar más amable.

La gran bondad del aporte de la obra de Layard se encuentra en la identificación de las verdades de la felicidad, pero aún más, en la valiosa exposición argumentada de un conjunto de estrategias factibles que permitirían lograr mayores niveles de felicidad colectivos. De esta manera envía un mensaje directo al Estado acerca de su deber ser, en cuanto describe las políticas públicas que conducen a una mejor sociedad; esto por supuesto no excluye la posibilidad de aprovechar el mensaje desde diferentes niveles al estatal, por tanto el lector no versado en el tema puede también rescatar muchas ideas a las cuales buscar aplicación en su cotidianidad.

El trabajo de Richard Layard recopila diferentes perspectivas y aportes de varias disciplinas presentándolas con gran suficiencia en un solo trabajo, generando una propuesta de carácter integral en el tema de la felicidad. Esta complementariedad hace que su trabajo sea grato a profesionales de diferentes áreas y, debido a la amplitud del tema, se constituye en una base que permite fomentar nuevas vetas de estudio que deberán trabajarse con más especificidad en el futuro.

Recibido: 11-10-2008

Aprobado: 22-01-2009

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Ahn, Namkee, y F. Mochón. 2007. "La felicidad de los españoles: Factores explicativos" *Fedea*, 2007-12.
- Argyle, M. 1992. *La Psicología de la Felicidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bejarano, Jesús. 1999. "Los Nuevos Dominios de la Ciencia Económica" *Cuadernos de Economía*, 18(31): 77-92.
- Clark, A., y A. Oswald. 1994. "Unhappiness and Unemployment" *Economic Journal*, 104: 648-659.
- Cruz, Jasson, y Julián Torres. 2006. "¿De qué depende la satisfacción subjetiva de los colombianos?" *Cuadernos de Economía*, 25(45): 131 - 154.

- Cuadra, Haydée, y Ramón Florenzano. 2003. "El bienestar subjetivo: hacia una psicología positiva" *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 12(1): 83-96.
- Dasgupta, Partha. 1998. "Modern Economics and its Critics" En *Fact and Fiction in Economics: Models, Realism and Social Construction*, ed. U. Mäki. Cambridge: <http://www.econ.cam.ac.uk/faculty/dasgupta/modecon.pdf>
- Denevee, K., y Cooper. 1998. "The happy personality: A meta-analysis of 137 personality traits and subjective well-being" *Psychological Bulletin*, 124(2): 197-229.
- Diener, Ed. 1994. "Assessing subjective well-being: Progress and opportunities" *Social Indicators Research*, 31:103-157.
- Diener, Ed. 2000. "Subjective Well-being" *American Psychologist*, 55 (1): 34-43.
- Diener, Ed, E.M. Suh, R.E. Lucas y H.E. Smith. 1999. "Subjective well-being: Three decades of progress" *Psychological Bulletin*, 125(2): 276 - 302.
- García, Miguel. 2002. "Desde el concepto de felicidad al abordaje de las variables implicadas en el bienestar subjetivo: un análisis conceptual" *Lecturas, Educación Física y Deportes*. <http://www.efdeportes.com/efd48/bienes.htm>
- Gómez, Andrés. 2007. "Dificultades y retos del lenguaje en la enseñanza de la ciencia económica" Ponencia presentada en el XII Congreso de Decanos y directores de programas de economía. Universidad del Norte, Barranquilla.
- Gómez, Viviola, Fernando Barrera, Julio Eduardo Cruz y Cristina Villegas de Posada. 2006. "Bienestar Subjetivo en una Comunidad Universitaria" *Documento Ceso*, 109: 7-25.
- González, Jorge I. 2002. "Las dos triadas de Bejarano" *Cuadernos de Economía*, 21 (36): 11-39.
- González, Jorge I. 2003. "El Utilitarismo de Bentham" En *Economía y Ética*. Primera edición. Universidad Externado de Colombia, 71-120. Bogotá.
- Guerrien, Bernard. 1998. "La Microeconomía" *Ensayos de Economía*. Documentos Especiales, abril 1998.
- Hahne, Rima Ingrid. 1995. *Desarrollo del Análisis Económico*. Madrid: Ed Irwin.

- Layard, Richard. 2005. *La felicidad: Lecciones de una nueva ciencia*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Misas, Gabriel. 2004. "El campo de la economía y la formación de los economistas" *Cuadernos de Economía*, 22(40): 205-229.
- Oosterbeek, Hessel, y J. Hartog. 1997. "Health, wealth and happiness: why pursue a higher education?" *Economics of Education Review*, 17(3): 245-256.
- Silva, Julio, e Iván Hernández. 1994. "Sea F la función de felicidad..." *Cuadernos de economía*, 14(21): 165-178.
- Streeten, Paul. 2007. "¿Qué está mal en la economía contemporánea?" *Revista de Economía Institucional*, 9(16): 35-62.
- Tabellini, Guido. 2004. "Culture and institutions: economic development in the regions of Europe" *CESifo*, 1492.
- Van Hoorn, A. 2007. "A short Introduction to Subjective Well-Being: Its Measurement, Correlates and Policy uses" Prepared for the Second OECD World Forum on Statistics, Knowledge and Policy: "Measuring and Fostering the Progress of Societies", session on "Measuring Happiness and Making Policy", Nijmegen Center for Economics (NiCE), Radboud University. Nijmegen.
- Veenhoven, Rut. 2007. "Measures of Gross National Happiness". MPRA. 11280.
- Winkelmann, Liliana, y Rainer Winkelmann. 1998. "Why are the unemployed so unhappy? Evidence from panel data" *Economica*, 65(257): 1-15.